

EN Plena Sala Del Juzgado

A LOS ABOGADOS

Por el P. Miguel Selga S. J.

Mayo 4
1952

Por las venas de Alfonso corre la sangre de guerreros, doctores, diplomáticos y admirantes. Juntamente con un corazón abierto a todos los nobles sentimientos. Alfonso tiene una inteligencia penetrante y viva, un criterio sano y una memoria pronta y tenaz. Su padre le facilita todos los medios, para adquirir los conocimientos correspondientes a un joven de su alcurnia. Ilustres maestros acuden diariamente a la casa de Alfonso, para iniciarle en los secretos de la sabiduría. Estudia las lenguas clásicas y las modernas, ciencias exactas y naturales, retórica, historia y geografía. Con sus manos infantiles construye un planisferio armilar: pásase tres horas cada día tocando el clavicordio. En consonancia con los deseos de su padre, el objetivo de los estudios de Alfonso es la abogacía. Intérnase en la selva, enmarañada de las leyes neapolitanas, derecho romano, derecho canónico, derecho feudal, constituciones normandas, capitulares angevinas, pragmáticas aragonesas, decretos de los virreyes españoles, usos, gracias y privilegios particulares. Previa la dispensa necesaria, a los diez y seis años de edad comparece Alfonso ante el areópago napolitano, para someterse a la prueba del doctorado: por unanimidad de votos los doctores le introducen en su docta corporación, le encasquetan el birrete doctoral, le entregan el anillo de la sabiduría y le revisten de la amplia toga, que en este caso parece sepultar al pequeño prodigio entre sus largos y ampulosos pliegues.

Dícese que, habiendo visitado a Londres un emperador de Rusia, se quedó maravillado de la muchedumbre de abogados, que se habían re-

unido en el Westminster Hall, pues él no tenía en todos sus dominios más que dos, y pensaba ahorcar a uno de ellos, tan pronto, como regresase a su tierra. No tenía Alfonso tan bajo concepto de los abogados, como el que supone este dicho del czar de Rusia. No compartía Alfonso la opinión de algunos críticos de su época, que con un retintín malicioso repetían el refrán "abogado y no ladrón, cosa digna de admiración"; antes al contrario, Alfonso consideraba la abogacía como la más noble profesión, que existe después del sacerdocio. Alfonso amaba su profesión con toda el alma: para ejercerla dignamente quiso prepararse con una larga experiencia de las sesiones de los tribunales y las deliberaciones de los jurisconsultos. El espectáculo de las causas más justas, tergiversadas por el sofisma, el engaño, la maldad, repugnaba a su naturaleza noble y caballeresca. La confianza que inspiraba, tanto por su ciencia, como por su virtud, así como su elocuencia persuasiva y su absoluto desinterés le ganaron pronto una clientela numerosa y selecta. Jamás perdió un pleito en los ocho años de su vida forense.

El golpe de 1723 fue sonado y decisivo en la vida y carrera de Alfonso. Preocupaba a la ciudad de Nápoles un pleito famoso entre el duque de Orsini y el duque de Toscana. Invitado a defender los intereses del primero, Alfonso, estudiada la cuestión, llegó al convencimiento de que la razón estaba de parte de su cliente. El día en que se habían de ventilar los argumentos, la sala del tribunal estaba llena de juristas y curiosos, ávidos de emociones. Alfonso peroró con la

maestría de siempre y dejó pasmados a los jueces y a los concurrentes. Todos daban ya las albricias a Alfonso, como vencedor, cuando su adversario se encaró con él y le dijo con una fría sonrisa: "Toda esa argumentación tan brillante es falsa: y lo podeis ver, leyendo este documento." Alfonso recogió el documento, que se le tendía y se echó a reír. Cien veces lo había tenido en sus manos. ¿Qué de nuevo podría encontrar en él? No obstante quiso leerlo una vez más. De repente la voz se le anuda a la garganta, palidece y el papel se le cae de las manos. Acaba de ver una cláusula decisiva, que da la victoria a su adversario "Me he equivocado", exclama Alfonso humildemente y sale avergonzado de la sala. Siguiéron tres días de dolor y y atolondramiento: Alfonso parecía preso de una verdadera insensibilidad: ni comía, ni dormía, ni hablaba con nadie: el sentimiento del honor herido le tenía como peerificado. Al cuarto día una claridad súbita disipa las tinieblas de su alma, revélado el misterio de la distracción que le había llevado a perder el pleito, case cuenta de las vanidades del mundo se despiden del fore, y en medio de la desolación de los suyos empieza a prepararse para el sacerdocio.

De hoy adelante, Alfonso se lanza en busca de espíritus vacilante en la fe o extraviados en costumbres; huyendo de palabras pomposas y metáforas violentas, predica el evangelio con sencillez y naturaleza, a sabios e ignorantes, a pobres y a poderosos. Duerme sobre la tierra desnuda, come arrodillado en el suelo, flagélase sin piedad cada día prolonga la oración hasta altas horas de la noche. En la villa de Amalfi reúne a sus primeros compañeros que, ansiosos de imitar al Redentor, forman bajo la dirección de Alfonso la primera comunidad de Redentoristas y se lanzan a la conquista del mundo, como misioneros y como adoradores. A las campañas de